

II Congreso Nacional de la Familia

EUCARISTÍA DE INAUGURACIÓN

Quito, 09 de noviembre de 2011

Introducción a la Eucaristía

Toda Eucaristía trae hasta nosotros la palabra y la presencia, como también la vida y la pascua de Aquél que inauguró el tiempo de la Nueva y Eterna Alianza, como asimismo, por obra del Espíritu Santo, el tiempo de la familia. Hemos aceptado su invitación a esta celebración, en la cual quiere ser nuestro pan de vida y la buena noticia de nuestro envío.

Con mucha gratitud nos acercamos a Él para manifestarle nuestro amor y el amor de todas las familias de el Ecuador, y pedirle para nosotros y para todas ellas un corazón abierto y generoso, semejante al corazón de la Virgen María, para acoger su palabra y ponerla por obra.

El iniciar la Eucaristía, reunidos en torno a la mesa del altar, le presentamos al Padre de los cielos, que es rico en misericordia, nuestros propósitos para ser familias según su plan de amor, y le pedimos que nos purifique de nuestros pecados con su perdón.

Homilía

Ez 47, 1-2, 8-9, 12
1 Co, 5 9-11, 16-17
Lc 2, 22-40

En este día celebramos con toda la Iglesia la dedicación de la Archibasílica lateranense dedicada al Santísimo Salvador, más conocida como la Basílica de san Juan de Letrán. Fue consagrada el año 324, poco después del término de las persecuciones que habían sufrido los cristianos durante casi tres siglos. Ocurrió cuando la Iglesia pudo salir de las celebraciones en las catacumbas, y cruzar el umbral de las casas familiares, sus pequeñas iglesias domésticas. En su intimidad se había reunido con fidelidad durante decenios y siglos. En ellas se habían formado mártires y santos.

Las comunidades cristianas accedieron así al templo espacioso, cuya arquitectura expresaba dedicación y alabanza al Señor de la creación y de la historia. Cada familia, que había sostenido a los seguidores de Jesús en sus primeros siglos de existencia, tuvo la alegría de juntarse con muchísimas otras en sus celebraciones. Así pasó a gozar de la experiencia de ser un Pueblo de Dios. Con razón la basílica del Santísimo Salvador, la primera de las grades basílicas, la catedral del Obispo de Roma, es decir, del Papa, es recordada hoy en toda la tierra como “Madre y Cabeza de todas las iglesias en Roma y en el mundo”.

Los textos bíblicos que nos regala la liturgia de hoy nos introducen en la revelación gradual de la verdad del templo de Dios. Ellos son muy adecuados para entender la profundidad y centralidad que ocupa en el plan del Dios Creador precisamente la familia, preocupación central de nuestro Congreso.

El Concilio Vaticano II nos recuerda: “La familia cristiana, cuyo origen está en el matrimonio, que es imagen y participación de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia, manifestará a todos la presencia viva del Salvador en el mundo y la auténtica naturaleza de la Iglesia, ya por el amor, la generosa fecundidad, la unidad y la fidelidad de los esposos, ya por la cooperación amorosa de todos sus miembros.”(GS 48) Así dieron testimonio de su fe las familias

cristianas en tiempos muy difíciles en los primeros siglos después de Cristo. Es el desafío de nuestros días, ante otras adversidades que amenazan su existencia.

El profeta Ezequiel, cuando el pueblo regresaba de un doble destierro, seis siglos antes de Cristo, con sus vigorosas y poéticas imágenes nos introduce hoy a una revelación sorprendente acerca de la salud, la vida y la fecundidad que brotan de la Casa de Dios, del Templo de Jerusalén. Nos relata una visión del actuar de Dios. Nos describe el torrente de agua que surgía debajo del umbral de la entrada del Templo, cuyo caudal crecía permanentemente, y hacía brotar y crecer una gran cantidad de árboles frutales a ambos lados del torrente. Cada mes producían frutos nuevos. Sus hojas no se marchitaban y tenían propiedades medicinales (v.7 y 12). Desembocaba el torrente en el agua salada y maloliente del Mar Muerto, que saneaba (v.8). Corría lleno de vida (v.9) y ofrecía una gran cantidad de peces a los pescadores (v.9s). La vida prosperaba en todas partes adonde llegaba el impresionante torrente (v.9).

Concluye el relato, revelando el secreto de tantos frutos benéficos. Éste es, según la profecía: “Porque esta agua viene del santuario” (v.12). En efecto, en el Templo estaba el origen del torrente de agua viva y vivificante. Según lo aclarará más tarde el Apocalipsis, éste sigue brotando, “del trono de Dios y del Cordero” (ver Ap 22, 1), es decir, del Padre y de Jesucristo. El torrente de agua viva que surge del santuario, es el torrente del Amor de Dios, es el Espíritu Santo (ver Jn 7, 37-39).

Él es el agua que nos vivifica en los sacramentos; que les vivifica a todos ustedes como familias. Él da vida y fecundidad al amor que se profesan y a la generosidad con que cada uno es un don para el cónyuge y para los hijos; y les confiere fidelidad, fe y esperanza “en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad”, en el trabajo y en la fiesta, todos los días de la vida. El agua es un signo del Dios Amor que abraza a toda la creación y a cada familia para llenarla de su paz, su sabiduría y su fortaleza. Brota del santuario y nos encamina a la Casa definitiva.

El relato del evangelio según San Lucas de esta celebración, nos recuerda la presentación que sus padres, José y María, hicieron del Niño en el Templo. Lo llevan, nos dicen las Escrituras, para consagrarlo a Dios. Todos los años peregrinaban juntos a Jerusalén. Su vida estaba entrelazada y comprometida con la historia y la vida de su pueblo, y con la alianza que Dios había sellado con él.

Lo que ocurrió ese día fue algo histórico. José y María ingresaron en el tradicional Templo de piedra, fabricado por los hombres. Llevaban en sus brazos al nuevo templo de Dios. Nada menos que el Hijo de Dios había puesto su tienda entre nosotros, la nueva tienda de la reunión, asumiendo un cuerpo como el nuestro, pero sin huella alguna del pecado original. En ese cuerpecito moraba el Dios. El pequeño templo, humano y divino a la vez, construido por el mismo Dios con la colaboración de María, la madre de Jesús, llegaba al gran templo de piedra. Es el encuentro del templo-imagen y del templo-real. El templo verdadero, nuestro Dios y hermano Jesús, llegaba al grandioso Templo de Jerusalén, y con ello anunciaba su sustitución definitiva. El anciano Simeón y Ana, la profetisa, son los testigos privilegiados de esta irrupción de Dios.

Pero contemplemos también otra dimensión del encuentro. Ingresaba al gran Templo de Jerusalén ese santuario vivo que había peregrinado desde Nazaret, esa pequeña “iglesia doméstica”, cuyo centro era el Emmanuel; ese “nosotros-santuario”, que era imagen verdadera del “Nosotros” de la Sma. Trinidad. Por entonces el pueblo de Israel sólo tenía un templo. Desde ese día, paso a paso, muchos israelitas experimentarían que una persona, Jesús, era el templo vivo de Dios, y que también una familia, la Sagrada Familia de Nazaret, era santuario doméstico de Dios. ¡Qué hora de gracia vivieron Samuel, el hombre justo y piadoso, y la profetisa Ana, la anciana que no se apartaba del templo, la mujer del servicio a Dios, de las limosnas, los ayunos y las oraciones!

Los sencillos esposos de Nazaret traían a Jesús, templo de Dios. De él brotaría el agua viva que sanaría y vivificaría al pueblo. San Juan, al acercarnos en su evangelio a la cruz, nos escribe que de su corazón brotó sangre y agua, la sangre y el agua que lavan y

renuevan a las personas y a las familias que se acercan con fe al Redentor.

San Pablo, en su carta a los cristianos del puerto de Corinto, da un paso más, verdaderamente un salto definitivo, en el cumplimiento del anuncio de Ezequiel. Pablo reconoce no sólo en Cristo, sino también en los seguidores de Jesús, la realidad del templo “¿No saben que ustedes son templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en Uds.?... el templo de Dios es santo y ese templo son Uds.” (v.16s). San Pablo revela a los suyos que el bautismo, al hacerlos hijos de Dios, los transformó en templos de Dios.

De hecho Jesús ya le había dicho a la samaritana, que el agua que él daría se convertirá en quien la bebiera, en “fuente de agua que brota para vida eterna” (Jn 3, 10-14). El templo de piedra había anunciado, sin que se percibiera, que en la Nueva Alianza ocurriría una personalización de la morada de Dios entre los hombres, del lugar de la oración y la bendición: abarcaría a personas y familias, a comunidades y, en cierto sentido, a pueblos. Se personalizaría como presencia del Dios que es Amor en los santuarios vivos, fuentes de agua viva. Es el pueblo, el hombre y la mujer, la familia concreta, que han sido hecho capaces de recibir el misterio del Amor, de dejarse habitar y transformar por Él, de abrir las puertas del santuario vivo que son, para acoger en su nombre, reflejando y manifestando su amor.

La advertencia de san Pablo nos deja pensativos, y nos desafía a tomar decisiones. En su carta contempla la calidad del cimiento de la construcción que Dios edifica, y afirma que el único cimiento válido, la única piedra angular, es Jesucristo. Su pregunta en los versículos siguientes se dirige a todos nosotros. Es realmente incisiva. Como colaboradores de Dios, ¿examinamos la calidad de los materiales que utilizamos para continuar la construcción del templo? ¿Lo hacemos con oro, con plata y con piedras preciosas o, descuidada, irresponsablemente, con madera, con heno y con paja, materiales incapaces de resistir la prueba del fuego (ver 1 Co 3 10ss). ¿Ponemos en la construcción del edificio espiritual, como la Virgen María a lo largo de toda su vida, y más tarde como san Pedro (1 P 2, 4ss), con el auxilio de la gracia, nuestra realidad de

ser piedras, santuarios vivos, sobre la Roca que es Cristo? ¿Ponemos amor abnegado sobre el amor de Dios; esperanza y confianza sobre su promesa; oración sobre su trato con el Padre; lealtad, sobre su fidelidad; comunión sobre su alianza de paz; audacia sobre el envío hecho por el Espíritu Santo; fortaleza sobre la Roca que es Cristo, obediencia filial sobre la Cruz del Señor? ¿Ponemos, vida nueva sobre su Resurrección?

El Congreso que estamos iniciando quisiera acercar a todas las familias, a las nuestras y a las que día a día se van constituyendo junto a nosotros, e invitarlas a agradecer la luz, la fuerza y el amor que reciben de Cristo. Es luz que emana de su nacimiento en Belén, de la Sagrada Familia, de sus enseñanzas y, sobre todo, de su amor hasta el extremo en el Gólgota. Descubramos a esta luz toda la belleza que hay en innumerables familias.

Como Iglesia queremos, en nuestra reflexión y acción, trabajar en común para que la familia siga siendo “uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos y caribeños”, un patrimonio de la humanidad. Y ante las difíciles condiciones de vida que la amenazan, “en nuestra condición de discípulos y misioneros de Jesucristo” queremos responder al llamado a “trabajar para que esta situación sea transformada, y la familia asuma su ser y su misión en el ámbito de la sociedad y de la Iglesia” (DA 432).

En esta Eucaristía, ofrezcamos nuestro esfuerzo y nuestra esperanza para que esto sea realidad -en primer lugar, en la propia familia-, renovemos la consagración de la alianza matrimonial, recibamos el pan bajado del cielo, y acojamos el envío a luchar para que la sociedad proteja y aprecie el valor de la familia, del matrimonio y de la vida, de modo que las familias sean santuarios de la vida a la luz de la sencilla y sagrada Familia de Nazaret. De los umbrales de esas familias, así formadas, saldrá también un río de agua viva, capaz de renovar y dar vida a la sociedad que formamos, de hacerla más fraterna, más justa y solidaria, más amiga de Dios y más hogareña para todos.

A Jesús, a María y a José, confiemos este Congreso Nacional, como también la esperanza y los propósitos que despierte. Amén.